

**LA REBELIÓN DE LA CULTURA EN ASTURIAS.
LAS SOCIEDADES CULTURALES FRENTE AL FRANQUISMO.
BENIGNO DELMIRO COTO. Archivo Histórico de Asturias (19-12-2019)**

La culminación de este libro está en deuda con muchas personas que sería prolijo enumerar aquí ahora. En su autoría están comprometidas también varias personas que han escrito –o figuran transcritas sus palabras previamente grabadas– sobre las entidades en las que participaron activamente en los años sesenta, setenta y ochenta del pasado siglo XX. También lo está con el Archivo Histórico que hoy nos acoge y con el Archivo de Fuentes Orales para la Historia Social de Asturias (AFOHSA) de la Universidad de Oviedo.

Al lado de Francisco Prado Alberdi (autor del prólogo) y Pedro Alberto Marcos (autor del epílogo); Pedro Ángel Toral Morales, José Luis García López del Vallado y Pedro García Pato son autores en exclusiva de los textos sobre el Ateneo de La Felguera, la Asociación de Vecinos de L'Argañosa (Oviedo) y la Asociación de Vecinos de Pumarín (Oviedo).

Francisco Prado Alberdi y Benjamín Gutiérrez Huerta, desde la Fundación Juan Muñiz Zapico, animaron de continuo para que se pudiera llevar a término y fueron decisivas sus gestiones y aportaciones.

El libro se halla dividido en tres capítulos. El primero actúa como marco histórico destinado al esbozo de unas líneas generales para entender cómo las formas de expresión y los contenidos utilizados más tarde por las sociedades culturales, entre 1960 y 1984, continuaban y se ensamblaban en una tradición pedagógica y cultural que podría remontarse hasta Kant, a finales del siglo XVIII, con su ensayo *¿Qué es la Ilustración?*

Fue entonces cuando se puso en circulación aquel eslogan, que continúa teniendo hoy plena vigencia, *Sapere aude*: atreúete a saber o ten el valor de servirte de tu propia razón.

Aunque, para mostrar las circunstancias singulares que alumbraron en Asturias a aquellas sociedades culturales enfrentadas al franquismo, el débito mayor lo habían contraído con las experiencias pedagógicas llevadas

a cabo a finales del siglo XIX y las décadas iniciales del siglo XX hasta la Guerra Civil.

Los institucionistas tenían muy claros los principios pedagógicos que continuarían actualizándose en las actividades de las sociedades culturales de posguerra,

O nos educamos o nos extinguimos, o sabemos o no sabemos nada, y si nada sabemos nada somos. El que nada sabe en la ignorancia se diluye, sin libertad ni conciencia, a merced de quien ordena y manda (...) El ser humano está hecho para educarse, el afán educativo se encuentra en nuestra propia naturaleza, la orientación de nuestro espíritu remite con naturalidad a nuestro perfeccionamiento (...) Sin educarnos nos extinguimos biológicamente, estamos más cerca de la muerte...

La Extensión Universitaria, la Escuela Neutra, los Ateneos Populares, las Casas del Pueblo o la Escuela Nueva de Manuel Núñez de Arenas fueron entonces los focos irradiadores de formación educativa y divulgación cultural que pretendían conjugar tres polos interrelacionados: la educación, la cultura y el esparcimiento.

En el segundo capítulo se ofrecen varias claves para comprender y contextualizar el inmenso volumen de trabajo que cada entidad cultural desplegaba. A través de fórmulas de cultura participativa y apropiación social del saber se promovía el acceso de los trabajadores a la literatura, el cine, las artes escénicas, la pintura, la escultura..., pero también a la divulgación científica, la medicina, el conocimiento de las ciencias sociales, la filosofía y a todos aquellos saberes que permitían el enjuiciamiento crítico del presente y la comprensión cabal del entorno en el que se vivía. Un acceso participativo donde los asistentes no se conformaban con el mero papel de receptores sino que también querían ser actores, y donde los generadores de cultura debían involucrarse en el esclarecimiento del

mundo presente y asumir sus responsabilidades como productores de conciencia social.

El tercer capítulo presenta de manera pormenorizada una muestra de los trabajos realizados por las veintidós entidades seleccionadas con objetivos diferenciados. De casi todas ellas figura la descripción detallada de una historia que comienza con el momento de su constitución, los modos de organizarse y las personas decididas que se atrevieron a dar un paso al frente para pedir la autorización oficial a sabiendas de la persecución represiva de la que serían objeto de inmediato, los estatutos aprobados por las autoridades, la composición de las juntas directivas, los asuntos tratados en cada asamblea, las actividades propuestas tanto las que se llevaron a cabo como las que se prohibieron desde el Gobierno Civil, los encontronazos continuos con las autoridades, los cierres forzados de sus sedes, los impedimentos múltiples, las multas elevadas y hasta los cócteles molotov lanzados contra sus locales de reunión con nocturnidad y alevosía para destruirlas y sobre todo para atemorizar a la afiliación.

Las grandes debilidades de la cultura bajo el franquismo fueron la excesiva influencia de los registros religiosos o populistas, el tono siempre quejumbroso, el excesivo localismo de los planteamientos y la voluntaria renuncia a muchas dimensiones de la modernidad estética e ideológica. De no haber mediado el corte que produjo el golpe militar y la larga dictadura, el camino iniciado ya en el lejano fin del siglo XIX se hubiera resuelto en una cultura nacional; pero también europea, con más peso de lo científico, más cercana a los grandes movimientos del mundo occidental, menos encerrada en sí misma y, sobre todo, sin la obligación de incorporar lo metafórico, lo fantasioso, lo elíptico y lo simbólico, a las representaciones estéticas de la libertad de expresión.

En clara confrontación con la cultura oficial que legitimaba a la dictadura, en cada una de estas entidades culturales perseguidas sin tregua por el aparato policial franquista, se disponía cautelosamente la urdimbre de una cultura popular actualizada y renovadora. Bien sabían

aquellas voluntariosas directivas de cada Asociación, Club o Ateneo que la cultura que promovían debía incluir la capacidad para inventar, analizar y discernir, criticar, valorar e interpretar, disfrutar y disentir. Y que era un instrumento destinado al enriquecimiento personal, a la reflexión, a la construcción de la identidad y al respeto de la diversidad.

En las actividades propuestas con las que plasmaban en la práctica lo que entendían por cultura popular incluían: exposiciones de pintura o dibujo; la puesta en marcha de una biblioteca nutrida a hurtadillas por las autoras y autores menospreciados por el poder establecido o prohibidos por la censura; la organización de excursiones que aunaban compañerismo, amistad, adquisición de conocimientos variados y recreo; la creación de grupos de montaña federados; la difusión del ajedrez por medio de la convocatoria de concursos dirigidos a los más jóvenes; la gestión de conferencias seguidas de coloquio, así como de cursos y cursillos de carácter cultural, instructivo y científico; la convocatoria de concursos de poesía, cuento, pintura, fotografía o de cualquier otra actividad artística, literaria, científica o tecnológica; la celebración de recitales poéticos, musicales, proyecciones cinematográficas; la formación de grupos de teatro y la representación de teatro leído o escenificado; la organización de festejos con atracciones, bandas de música, conjuntos y orquestas; la edición de publicaciones literarias, artísticas o científicas; la creación de una masa coral polifónica y de grupos instrumentales; la práctica de los deportes y creación de clubes deportivos; la constitución de un cineclub y su integración en la Federación Nacional de Cine-Clubs; la canalización y gestión ante los organismos competentes de la problemática relativa a la mejora del hábitat humano o del ámbito territorial donde se hallaban ubicados, y la participación en la celebración anual, desde 1972, del Día de la Cultura, en La Carbayera de los Maizales de Gijón.

La cultura popular se relacionaba directamente con la acción política entendida como la intervención razonada y consciente de la ciudadanía en los asuntos públicos. Se forzaban los resquicios que inevitablemente

dejaba una legislación maquinada, desde la Ley de Asociaciones de 1964, para despistar fuera de España sobre la verdadera naturaleza del régimen dictatorial.

El gobierno solo pretendía acicalar la imagen tan deteriorada que proyectaba fuera de España, sobremanera después de la brutal represión ejercida contra los trabajadores en las huelgas de 1962 y 1963, y muy especialmente contra los mineros. Estos habían alcanzado una gran repercusión pública en todo el mundo, levantando a su favor una ola desbordante de simpatías. De hecho, estas movilizaciones obreras contribuyeron a desbaratar los planes del gobierno de mantener conversaciones para el ingreso en la Comunidad Económica Europea.

Al rebufo de la nueva ley, de estilo más bien farragoso, se abrieron cauces a las ansias democráticas de amplios sectores de la población. A partir de su promulgación, se fundaron entidades culturales y recreativas con fines muy precisos, pero que no iban a alinearse con los postulados del régimen. Todas las autoridades, desde el gobierno central, el Ministerio de la Gobernación, la Dirección General de Política Interior, pasando por la Dirección General de Seguridad, la Jefatura Superior de Policía, los Gobernadores Civiles, el Cuerpo General de Policía, la Brigada Político-Social, y hasta las comandancias y puestos de la Guardia Civil, se encargarían de orientar en sentido represivo la interpretación de cada oración y frase del articulado de esta Ley. Y siempre con la intención de anular hasta la más mínima influencia que pudieran conseguir en su entorno social.

Se tanteaba desde dentro del marco legal impuesto para ejercer los derechos básicos de reunión, expresión y manifestación tajantemente perseguidos. Los Días de la Cultura en los veranos, en la Carbayera de los Maizales, en Gijón, resultaron ejemplares como desafío movilizador frente al sistema protagonizado por miles de personas. Allí se combinaban los encuentros anuales entre amigos y conocidos con los aspectos festivos,

artísticos, culturales y políticos para transformarse en un acontecimiento de masas inimaginable bajo la férula de aquel régimen despótico.

Así se fueron consiguiendo cada vez más ámbitos para la divulgación, el debate y la deliberación imprescindibles para que los sectores populares se empapasen de las ideas impugnadoras y se ampliaran los marcos del pensamiento crítico a nivel popular.

Todas estas entidades languidecieron o se fueron apagando incomprensiblemente con la llegada de las tan ansiadas libertades democráticas. En la segunda mitad de los años setenta del pasado siglo, una vez legalizados los partidos obreros y los sindicatos, sus estructuras directivas aumentaron considerablemente haciendo acopio de muchos de los cuadros que habían dirigido las sociedades culturales antifranquistas. Y lo mismo ocurrió con la ocupación de los diversos cargos públicos a nivel municipal, desde las elecciones municipales del 3 de abril de 1979 y después con el gobierno autonómico. Por otra parte las consejerías y concejalías de cultura, enseñanza, mujer, juventud, deportes, etcétera, comenzaron a responsabilizarse directamente de la realización de las actividades culturales en espacios públicos (las casas de cultura) que antes corrían por cuenta exclusiva de las sociedades culturales.

Hubo quienes consideraron a clubes, asociaciones y ateneos, desde el interior de las mismas entidades, un mero instrumento al servicio de las políticas de la oposición y consideraron de buena fe que dejaban de ser útiles con la llegada de la democracia y con el acceso a los gobiernos locales y autonómico de los partidos de izquierdas. Entendieron que eran prioritarias y autosuficientes las organizaciones sindicales y políticas y se despreocuparon por completo de las entidades culturales.

La cuestión cultural perdió relevancia y fue sustituida por la pura celebración de los actos culturales como encuentros meramente festivos. Se identificó más con el envoltorio propagandístico que con la trascendencia del contenido transmitido. Pasó de las manos de la gente como apuesta colectiva a las instituciones y estas le cambiaron pronto la

marcha para convertirla en una mercancía zarandeada por los mercaderes y el mercado del tanto vales cuanto vendes. Nunca más la cultura se volvería a poner al servicio de la conciencia de clase, la movilización, el compromiso social, el trabajo de inspiración creativa, ni de la conservación y amparo de las diferentes organizaciones de masas que pudieran instar o argüir ante el sistema establecido.

Un libro como el que aquí presentamos hoy, que invita a la reflexión siguiendo el hilo de la historia de las veintidós entidades seleccionadas, puede y debe resultarnos útil para abrir un debate insoslayable sobre esos momentos históricos de encrucijada, de posibilidades, de revoluciones inciertas, de punto de inflexión en el que arrancaban cosas que aún estaban abiertas y en los que se eligió un camino y se acabó por desechar algunos otros incluso más esperanzadores.

Porque, como decía Ernst Bloch, hasta en los proyectos de emancipación derrotados en el pasado queda en reserva siempre un “excedente utópico” que permite más adelante acceder a una visión más amplia y lúcida de nuestras luchas actuales. En las ideologías que no se agotaron del todo en su época ni siquiera una vez desaparecidos los grupos sociales que les dieron sustento, queda el poso de un excedente cultural no extinto que sirve de base potencial para vislumbrar nuevas perspectivas. Las obras y los sueños no realizados entonces pueden servir para resolver los problemas pendientes en el presente, anclándose en una llamada al futuro. Sin la mediación de la función utópica no hubiera sido posible la creación de los grandes modelos perdurables en el ámbito de las artes, la filosofía, la técnica y la ciencia.

Hay ocasiones en que la oleada social crece de manera imponente; pero, una vez que pasa, todo se deshace y evapora. Y el caso es que, tanto para conseguir lo reivindicado como para no perder partes de lo ya ganado en anteriores luchas, las fuerzas que abogan por el cambio social necesitarían mantener movilizados, y en tensión social constante, al

conjunto de los asalariados. Y esto aún no se consigue fuera de momentos muy puntuales y pasajeros de la lucha social.

El aliciente que puede mantener unidos y organizados de manera duradera al conjunto de los trabajadores y trabajadoras (los “organícense, movilícense, conmuévanse”, de Antonio Gramsci) son las actividades culturales. Estas pueden girar alrededor de un sinfín de organismos: culturales, deportivos, recreativos, formativos o de intereses comunes. Tal como ya ocurriera en las experiencias pedagógicas de los institucionistas, en la Segunda República y en los años sesenta y setenta del pasado siglo a propósito de las sociedades culturales en pleno rendimiento en Asturias.

Principalmente, cuando el sistema educativo, la religión o los medios de comunicación, están puestos al servicio de los intereses económicos de una minoría avasalladora, que los utiliza como pantalla engañosa. La hegemonía es el poder cultural del que se valen los grupos dominantes y con el que conducen a la sociedad en una dirección que solo sirve a sus intereses. Y hacen creer, en un despliegue de falsa conciencia, que no hay más caminos que el único existente, al que presentan como beneficioso tanto para dominantes como para dominados.

En conclusión, resulta imprescindible que una ciudadanía activa y crítica contienda de continuo en la producción de información, generación de conocimiento y modelización del mundo y que intervenga en una realidad material cada día más convulsa, tanto en su construcción, como en su apropiación o deconstrucción.

Muchas gracias por vuestra atención y por acompañarnos hoy aquí.